



dio de la soledad en 1094, y le dió la regla de San Agustín. El papa Urbano II envió á Roberto la órden de predicar la cruzada, y penetrando su voz ardiente en todas las almas, las obligaba á que abandonasen el vicio para comenzar una vida nueva (1). En el último año del siglo erigió dos nuevas casas en Fontevraul (*fons Ebraidi*), lugar cubierto de espinas y zarzas. Uno de estos monasterios fué destinado para hombres, y el otro para mujeres, y luégo fueron pequeños para la muchedumbre que se presentaba, y por lo mismo fué preciso fundar otros nuevos en 1100. Pascual II confirmó la órden en 1106 y 1113. Á imitación del Salvador moribundo, que encomendó á su madre su predilecto discípulo, Roberto confió sus monasterios de hombres y mujeres á la santa Virgen, someténdolos á la abadesa de Nuestra Señora de Fontevraul. Finalmente, les impuso la difícil y delicada mision de hacer volver á buen camino á las mujeres entregadas á la disolución; tarea penosa á que habia dedicado todas las fuerzas de su vida, olvidando, quizas con demasiada frecuencia, el decoro que era debido á su posición y el cuidado de su reputación propia. Roberto murió en 1117.

«Oh, cuán dichosa eres! se exclamaba á la vista de una joven doncella que entraba al claustro, un fiel intérprete de los sentimientos de su siglo, ¡cuán feliz eres por haber deseñado á los hijos de los hombres y escogido al Hijo del Omnipotente por esposo! Te querará tanto más cuanto tus vestidos serán más pobres, y más puro el brillo de tu virginidad. Bien has hecho en despreciar las riquezas perecederas y los péfidos tesoros; mas en adelante has de procurar que ninguna cosa mun-

(1) Balderic dice en su biografía (*Bolland, Acta SS. d. 25 mens. Febr.*), c. IV, núm. 23: «Tantum praedicationis gratiam Dominus donaverat ut, cum communem sermocinationem populo faceret, unusquisque quod sibi conveniebat, acciperet.»—*Ibid.*: «Ego audenter dico, Robertum in miraculis copiosum, super daemones imperiosum, super principes gloriosum. Quis enim nostri temporis tot languidos curavit, tot leprosos mundavit, tot mortuos suscitavit? Qui de terra est, de terra loquitur et miracula in corporibus admiratur. Qui autem spiritualis est, languidos et leprosos, mortuos quoque convalescere testatur, quando quilibet animabus languidis et leprosis suscitandis convulit et medetur.»

dana éntre en tu alma; ofrécete toda entera en sacrificio á tu celestial desposado (1).»

No hay repugnancia de la naturaleza ni sentimiento de disgusto que no sepa vencer la caridad cristiana. Por lo tanto, en tiempos desgraciados, en que regiones enteras eran desoladas por epidemias terribles, produjo esta caridad asociaciones religiosas destinadas á dar los socorros corporales y espirituales á los enfermos y apestados. Al lado de la lepra, que se introdujo desde el Oriente en Europa, avanzó un cruel contagio llamado *fuego sagrado* ó fuego de San Antonio, que, despues de atroces padecimientos, mataba al paciente, ó le dejaba mutilado para toda la vida.

El hijo de un gentilhomme delfines, llamado Gaston, fué atacado por esta enfermedad: acudió el padre á la intercesión de San Antonio, y logró la curación de su hijo; y ambos, profundamente agradecidos, fueron de peregrinos á Didier-la-Mothe, en donde se veneraba particularmente al santo, y emplearon su fortuna en la fundación de una nueva órden destinada á cuidar los enfermos del mismo género. Estos religiosos, luégo que fueron confirmados por Urbano II en 1096, tomaron el nombre de *Antonianos* ó *Hospitalarios*. Su hábito era negro con la mitad de una cruz azul sobre el pecho. En sus principios estuvo formada la órden por legos, y luégo por canónigos sujetos á la regla de San Agustín (2). Igualmente se formó una asociación de legos y eclesiásticos para dedicarse al cuidado de los leprosos. «Estos frailes, dice el contemporáneo Jaime de Vitry, muerto en 1240, se violentan de un modo increíble en medio de una corrupción desagradable y de los más nauseabundos olores, sufren por amor de Jesucristo una penitencia sin igual, comparable con los tormentos de los santos mártires.» Respecto á los *Trinitarios* (3), puede mirarse como su fundador al pontífice Inocencio III, quien despues de haber interpre-

(1) *Petr. Bles. Epístola 55.*

(2) *Bolland. Acta SS. mens. Jan. t. II, p. 160. Kapp. de Fratibus S. Antonii. Lips. 1737, in 4.º*

(3) *Bonaventura Baro, Ann. ordin. S. Trin. Rom. 1684. Regula en Holsten. t. III, p. 3 sq. Cf. Helyot, t. II; Hurter, t. IV, p. 213.*



tado un sueño que habia tenido al mismo tiempo Juan de Matha, teólogo de París, y Félix de Valois, dirigió sus pensamientos hácia la redención de los cristianos hechos prisioneros por los sarracenos, dispuso las reglas de la órden (*Ordo de Redemptione captivorum*), y la denominó órden de los Trinitarios. Sus hábitos eran blancos con una cruz roja y azul. La Francia los acogió con favor, les dió mucho dinero y gran número de miembros, muchos de los cuales eran muy sabios. En 1200 fueron rescatados en Marruecos doscientos cristianos que volvieron á sus hogares. Los miembros de la órden, que los franceses llamaron tambien *Mathurins*, del nombre de su primera iglesia en París, se extendieron con rapidez por la Francia meridional, y fundaron en ella monasterios para mujeres. El general (*minister generalis*) fijó su residencia en Cerfroy. La órden penetró en España, donde las continuas guerras con los moros les ofrecieron ocasión para hacer eminentes servicios á la Iglesia y á la sociedad. Pero mayores fueron los que le prestó la órden de la Merced, fundada en Barcelona el 10 de Agosto de 1218 por el rey D. Jaime I de Aragón, por San Pedro Nolasco y San Raimundo de Peñafort, por órden de la Santísima Virgen, que se apareció á los tres en una noche, quedando por lo mismo colocada bajo la especial protección de la santa Virgen (*Ordo B. Mariae de Mercede*). Los frailes de la Merced habian de emplear su vida é intereses para el rescate de los esclavos. Gregorio IX confirmó una órden que tan admirablemente animaba el espíritu de abnegación.

Los humillados (1) formaban como un grado intermedio entre el mundo y el claustro. En un principio fueron no más que algunas personas piadosas que se reunian para rogar en común; tales, por ejemplo, como un pequeño número de familias arrojadas de Milan en el siglo XI por Enrique II. Los humillados generalmente se componian de trabajadores, pues tenían por principio que habian de vivir del trabajo de sus manos, y de otra parte se ocupa-

(1) *Tiraboschi, Vetera Humiliator. Monumenta, Mediol. 1766 sp. 3 t. in 4; Hurter, t. IV, p. 235.*

ban, sobre todo, en preparar las lanas y fabricar paño. Cada miembro trabajaba, no para sí, sino para la comunidad, que atendia á todas sus necesidades. De esta manera se compensaba el trabajo más débil de los valetudinarios y viejos con el de los jóvenes y de la edad madura, y se evitaba el descontento y la zozobra. Despues se les asociaron monjes y curas. Inocencio III les dió la regla de San Benito modificada. Gregorio IX suavizó la rudeza de los trabajos con motivo de los rigurosos ayunos de los humillados, que ya en 1246 tuvieron un gran maestro. La actividad y pureza de costumbres que les distinguia les mereció el respeto general, y algunas veces la voz pública los llevó á funciones eminentes. Sin embargo, como en lo sucesivo las preocupaciones mundanas invadieron la órden, fué suprimida por Pio V en 1571.

Segun Tácito, la caballería ya formaba entre los germanos el principal cuerpo del ejército. En tiempo del régimen feudal, y sobre todo en el de los carlovingios, los grandes propietarios, que servian á caballo, formaban una clase aparte y distinta de los plebeyos. La Iglesia hubo de apelar á todas sus fuerzas para poner límites á los desafíos de los caballeros y á la barbarie de sus torneos, y con las cruzadas llegó á dar á la caballería una dirección más útil y más noble. En lo sucesivo, para ser admitido en sus filas se habia de manifestar que se conocia perfectamente el uso de las armas, y que se tenía una conducta cristiana. Efectivamente, desde la primera cruzada, los que hubieron alcanzado una indisputable reputación de valor, sin incurrir en acto alguno deshonoroso hasta la edad viril, tomaron un puesto superior en su propia clase (*milites equites*), y recibieron una especie de iniciación precedida de un juramento público y solemne. Desde entónces los caballeros fueron tanto más considerados, en cuanto se atribuyó á su prudencia, no ménos que á su audacia, el feliz éxito de la cruzada. Este noble ejemplo despertó en los que no habian tomado parte en la empresa un deseo heroico de señalarse con proezas análogas, y creó esas brillantes asambleas de la caballería, que tan vasto campo dieron á la imaginación y á la poesía. El Occidente se lanzó á una nueva carrera, como en otro





tiempo la Grecia á los juegos de Nemea y de Corinto. Despues, cuando el entusiasmo religioso alimentado por las cruzadas estuvo apagado, y las mujeres y jóvenes asistieron á los torneos, entónces un nuevo vuelo, pero facticio, empujó al caballero á velar en las carreteras y á proteger los trabajadores para agradar á su dama; pero privó á la institucion de su verdadera dignidad. Así cayó poco á poco la caballería, y reaparecieron los bárbaros combates de los primitivos tiempos.

Las órdenes militares combinan en su organizacion la existencia del religioso y la del guerrero. El pensamiento fundamental del primero es renunciar á su propia voluntad, sea elevándose por la contemplacion hasta á las cosas eternas, sea amoldándose en el amor divino por la consagracion de su vida al servicio del prójimo. Las órdenes militares fueron producidas por esta última idea, y añadieron á los tres votos monásticos el de hacer la guerra á los infieles. El régimen feudal estaba fundado en la posesion del feudo por el hijo mayor, y los otros hijos pudieron hallar en la nueva orden una posicion conveniente, adecuada á su rango y santificada por la religion.

En los tiempos en que florecia el califato del Cairo, muchos mercaderes de Amalfi construyeron una iglesia en Jerusalem bajo la invocacion de la Santa Virgen en 1048. Poquito á poco asociaron á ella un hospital, luego otro para los peregrinos. Los que los servian bajo Gerardo, tomaron el nombre de Hermanos hospitalarios de San Juan Bautista en 1099. Su sucesor Raimundo de Puy, añadió en 1118 á los deberes de ofrecer hospitalidad y cuidar de los enfermos el de hacer la guerra contra los infieles. Más tarde se establecieron nuevas divisiones, hubo sacerdotes, caballeros y hermanos sirvientes, gobernados por un gran maestro, comendadores y capítulos de caballeros. Esta organizacion fué sancionada por Inocencio II, que permitió á los Hospitalarios el uso de una cruz blanca en el pecho y otra roja en el estandarte (1). Los caballeros de San Juan con-

(1) *Willelmus Tyr.*, lib. I, 10; XVIII, 4 sq. *Jacob. de Vitriaco*, Hist. Hieros., c. 64; Statuta ord. *Holsten.*,

servaron siempre una reputacion digna de su vocacion; pero agobiados por los sarracenos se retiraron á Ródas en 1310, y finalmente á Malta en 1530.

En el momento que los hospitalarios se encargaban así de hacer la guerra á los infieles, nueve caballeros á las órdenes de Hugo de los Paganos (*magister militie*), añadían á su voto ordinario los de la religion, y el rey Balduino II les dió su palacio para habitarlo. Estaba colocado en el propio lugar en que estuvo edificado el antiguo templo de Salomon, y de ahí vino que se dió á la nueva milicia sagrada el nombre de Templarios (*pauperes commilitones Christi templique Salomonis*). Con todo, la nueva orden iba á morir al nacer, cuando algunos de sus miembros fueron á Francia para presentarse al concilio de Troyes en 1127 y pedirle una regla. Gracias á la intervencion de San Bernardo, les fué señalada por Honorio II la obligacion de defender á los peregrinos contra los malhechores que infestaban los caminos. Su vestido fué muy sencillo; una capa blanca con una cruz roja (1). Los templarios, poderosamente sostenidos por el Occidente, hicieron los más grandes servicios á la cristiandad contra los turcos y sarracenos. Cuando fué quitada Ptolemaida á los cristianos, se establecieron en la isla de Chipre, y poco despues volvieron á Europa, donde se fijaron en las inmensas posesiones que habian adquirido como asociacion general de la nobleza, y París fué el centro de la orden.

t. II, p. 444 sq. Privilegia, *Mansi*, t. XXI, p. 780 sq. (*Vertot*) Historia de los caball. hospital. de San Juan Part. 1726, 4 t. in 4; 1761, 7 t. *Hurter*, t. IV, p. 313. *Ganger*, Órdenes de caballería de Jerusalem, ó los Maltenses, segun documentos inéditos y auténticos. Carlsr., 1844.

(1) *Willelm. Tyr.*, XII, 7. *Jac. de Vitriaco*, c. 65. *Bernardi*, Tract. de nov. militia, sive Adhortatio ad milit. Templi; regula en *Holsten.*, t. II, p. 429 sig. *Mansi*, t. XXI, p. 305 sig. *Münter*, Estatutos de la Orden de los Templarios, Berl., 1794. *Dupuy*, Hist. de los Templarios, Par. 1650; Brux., 1751, en 4.º *D'Estival*, Hist. crit. y apolog. de los caballeros del Temple, Part. 1789, 2 vol. en 4.º *Helgot*, t. VI. *Wilcke*, Hist. de los Templ., Lips., 1826-35. *Addison*, Hist. de los caballeros Templarios, Lond., 1841. Tocante á la polémica suscitada cuando la Orden fué suprimida, véase § 266.



Los hermanos hospitalarios ofrecían sus cuidados á los peregrinos de todas las naciones, pero á menudo les era imposible hacerse entender por los alemanes. Esta circunstancia hizo concebir en 1128 la idea de edificar un hospicio germánico, que estuvo sujeto á la inspeccion del gran maestro de San Juan de Jerusalem. Pero como á pesar de esta mejora los peregrinos alemanes fueron descuidados durante el sitio de Accon, los paisanos de Brema y de Lubek formaron en la Ciudad Santa un nuevo establecimiento nacional, al que pronto se asoció el primero. Tal fué el origen de la orden Teutónica, tambien bajo la invocacion de la Santa Virgen, cuyo primer jefe fué Walpot de Bassen (1190), y cuyo vestido consistía en una capa blanca con cruz roja (1). No se tardó en obtener la doble confirmacion de Clemente III y de Enrique VI. Luego tuvo la orden dos mil miembros, y cuando Damieta fué tomada con su ayuda en 1219, se les concedió tierras en Prusia en 1226 con el encargo de proteger á los cristianos de estas comarcas contra las incursiones de sus vecinos idólatras. Diferentes ciudades debieron la existencia á estos caballeros; entre ellas tenemos Marienwerder, Thorn, Culm, Rheden, Elbing y Königsberg (1132-55). Despues de la pérdida de Accon el gran maestro residió algun tiempo en Venecia, desde donde trasladó su permanencia á Mariemburgo en 1309. La orden de los Portaespadas, que se levantó en 1202 en Lituania, se reunió treinta y cinco años despues á la orden Teutónica (2).

Esta época, tan fecunda en instituciones de todo género, produjo tambien en las órdenes mendicantes una especie de caballería puramente espiritual, más heroica todavía que la primera, y que, única en la historia, llenó de la manera más admirable la mision más difícil. Muchas causas contribuyeron á su estableci-

(1) *Jac. de Vitriaco*, c. 66. *Hennig*, Estatutos de las Órdenes alemanas. Königsb., 1806. *Petri de Duisburg* (hácia 1236) *Chron. Pruss. sive Hist. Teut. ord. ed. Hartknoch*. Lenæ, 1679, in 4. *Duelli*, Hist. ord. equit. Teut., Vien., 1727, in fol. *Voigt*, Hist. de Prusia hasta la caída de las Órdenes alemanas, Königsb., 1827, 9 vol.

(2) *Pott*, de Gladiferis, sive Fratibus milit. Christ. Erlang., 1806. Véase § 263-264.

miento: los peligros de la religion, amenazada en medio de sus triunfos; las necesidades del pueblo, que deseaba con ardor guías animados de un espíritu apostólico que no hallaba en el clero secular; la audacia de los cátaros y de los valdenses, que por todas partes esparcían sus místicos sueños; y finalmente, la intervencion general de los monjes en la educacion del pueblo y direccion de las almas. Todo se aunaba, pues, para formarse una nueva orden, que siendo superior á las sectas en la austeridad, en el espíritu de abnegacion y de penitencia, tenía que destruir con el hecho las objeciones de los herejes, y levantar en su presencia una verdadera caballería espiritual. Una vez manifestado este pensamiento, produjo el de extender la esfera de la actividad monástica y de combinar los deberes del monje y del cura, á imitacion de lo que acababa de suceder con las órdenes militares. Á principios del siglo XIII se ocuparon en este problema dos espíritus igualmente eminentes; los dos tuvieron en lo sucesivo relaciones amistosas, aunque cada uno de ellos resolvió la cuestion de una manera diferente (1).

Francisco de Asis nació en el año de 1182 de un rico negociante en la ciudad de Asis, en los Estados Pontificios. En medio de los placeres y caprichos de la juventud, Francisco conservó la verdadera nobleza del alma, y se manifestaba compasivo y generoso hasta la prodigalidad. Una larga enfermedad, junto con terribles angustias espirituales, le hizo abandonar su vida fútil y ligera, y se retiró á una caverna solitaria, en donde vivía escondido y entregado á la oracion. En 1208 oyó un día leer el pasaje del Evangelio en que Nuestro Señor envía sus discípulos en medio de los hombres sin oro, ni plata, ni baston, ni alimentos para el viaje (2). Estas palabras conmovieron al joven Francisco y le excitaron una inmensa alegría. «¡Hé aquí, exclamó, el objeto de mis votos, y á qué aspira mi corazón!» Á pesar de sus riquezas, se sintió al instante en una verdadera des-

(1) «El uno estaba rodeado de todo el brillo de un serafín (Francisco); el otro marchaba en la santidad y sabiduría rodeado del brillo de un querubín (Domingo).» *Dante*, *Parad.*, XI, v. 38-40.

(2) *Matth.*, X, 8-10





nudez de todas cosas, y concibió el proyecto de una asociación, cuyos miembros serían destinados á recorrer el mundo predicando la penitencia como los Apóstoles. Mas esta conversión repentina le atrajo el desprecio de sus compatriotas y la maldición de su propio padre. Sin embargo, algunos espíritus le respetaron al ver tanta santidad, tanto desprecio al mundo, y esa sincera humildad asociada á un amor exclusivo á Dios y con una rigurosa imitación de la vida indigente del Salvador. Muy luego se le asociaron algunas personas para aspirar á la misma perfección. Un largo vestido pardo con una capilla encima y una cuerda para ceñir los riñones fué el sencillo y noble vestido de los asociados. Entre tanto las recomendaciones del obispo Guido de Asis y del cardenal Juan de San Pablo hicieron que Francisco pudiese acercarse al grande pontífice Inocencio III, quien le preguntó: «¿De dónde sacaría la subsistencia necesaria?—He puesto mi confianza en mi Señor Jesucristo, respondió el Santo: el que nos promete la gloria y la vida eterna no nos negará el alimento del cuerpo.—»Vaya V. con Dios, querido hijo, dijo Inocencio, y á medida que él os instruirá, predicad á todos la penitencia. Si el Señor se digna aumentar vuestro número y la gracia en vuestros corazones, participádnoslo; entonces os concederémos con más seguridad mayores favores.» Conviene, en efecto, recordar que Inocencio había prohibido el establecimiento de nuevas órdenes. Francisco de Asis se prosternó para jurar obediencia y homenaje al Santo Padre; poco despues en 1209 envió á sus compañeros en todas direcciones. «Partid, decia al momento de despedirse, viajad siempre de dos en dos. Alabad á Dios en el silencio de vuestros corazones hasta la tercera hora; sólo entonces podréis hablar. Haced que vuestra súplica sea sencilla, humilde y de tal naturaleza, que haga honrar al Señor por el que os oiga. Anunciad en todas partes la paz, y empezad por guardarla en vuestras almas. No os dejéis llevar nunca por el odio y por la cólera, ni os desviéis del camino que habeis cogido; porque nosotros estamos llamados á llevar al camino recto á los que se desvian, á

»curar los heridos y enderezar los estropeados... La pobreza es la amiga, la desposada de Cristo; la pobreza es la raíz del árbol, la piedra angular y la reina de las virtudes. Si nuestros hermanos la abandonan, nuestros lazos están rotos; pero si se adhieren á ella, si dan de ello ejemplo al mundo, el mundo se encargará de alimentarles.» Francisco pasó luego dos veces á España, á la Siria y al Egipto. Honorio III concedió á los franciscanos (*fratres menores*) el privilegio de predicar y confesar en todos los lugares en que se presentasen (1223.) Sin embargo, la orden se impuso la misión de predicar más bien con la práctica que de palabra. El genio de San Francisco ha inspirado los acentos más suaves de la literatura mística. El espíritu interior anima por todas partes su regla, que no puede ser adoptada de nadie ántes de los quince años y sin un prévio año de noviciado. Los votos de castidad, obediencia y pobreza se exigen con todo rigor; ningun miembro tiene derecho de poseer nada ahora ni en lo futuro; los hermanos deben, ante todo, guardarse de la hipocresía y de una piedad mezquina; manifestar una dulce alegría en el Señor, una disposición permanente para servir á amigos y enemigos, inocentes y criminales, pobres y ricos. Tal debe ser el carácter de un franciscano. El santo redactó una regla para su discípula y amiga espiritual la bienaventurada Santa Clara de Asis (1224), la que había fundado una orden análoga para las mujeres (1) desde el año 1212 (*Ordo sanctae Clarae*.)

Francisco se vió obligado también á instituir una cofradía cuyos miembros, viviendo en el mundo, anudaron las relaciones íntimas entre la orden de San Francisco y los legos, que en todas partes le aseguraron una ancha y sólida base (*tertius ordo de poenitentia, tertiarii*, (1221). El santo no sabía preparar discursos meditados y escritos anticipadamente, como el que tenía que pronunciar delante del papa Alejandro y los cardenales en 1217; pero sus improvisaciones respiraban una elocuencia incompa-

(1) *Holstenius Brockie*. t. III, p. 34 sq. y para la regla de la Tercera Orden, *ibid.* p. 39 sq.